

CAPÍTULO CUARTO

POPPER. LA SOCIEDAD ABIERTA COMO REQUISITO DE LA LIBERTAD

POPPER. LA SOCIEDAD ABIERTA COMO REQUISITO DE LA LIBERTAD

Por J. ENRIQUE FOJÓN LAGOA

Sir Karl Raimund Popper, considerado como uno de los grandes filósofos del siglo XX nace en Viena el 28 de junio de 1902. De su familia, de origen judío, es de donde recibe, principalmente de su padre, prestigioso abogado, sus primeros impulsos filosóficos y, de su madre, una marcada inclinación hacia las actividades a las que consideraba como las más excelsas del género humano: la poesía, la pintura, las ciencias de la naturaleza y la música, actividad esta que practicaba interpretando al piano y componiendo. También llegó a dominar el griego clásico, lo que le permitió el estudio detallado de los clásicos griegos en su propia lengua. Toda esta formación apoyó a un espíritu inquieto que trataba de abarcar casi todo: matemáticas, historia de la ciencia, teoría de probabilidades, métodos científicos, etc.

En su juventud militó en el marxismo y trabajó en un centro de rehabilitación para jóvenes con problemas emocionales. Posteriormente evolucionó hacia la social democracia, de la que más tarde acabó apartándose cuando esta tendencia se inclinó hacia posiciones colectivistas. Aunque abrazó la religión protestante, sus orígenes judíos son la causa por la que tiene que abandonar su Austria natal cuando los nazis entran en Viena, antes de la Segunda Guerra Mundial, y se exilia en Christchurch (Nueva Zelanda). Después de la guerra se traslada al Reino Unido en donde ejerce como profesor de Lógica y Método Científico en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres. Retirado en los años setenta, se instala en la localidad de Kenley desde donde continúa con su prolífica y creativa actividad intelectual. Popper muere el 17 de septiembre de 1994.

La obra de Popper es muy fecunda, con multitud de libros y ensayos de acreditada calidad científica. Podemos considerar el comienzo de su trayectoria con la publicación de *“La lógica de la investigación científica”* (1936), traducido al castellano, como muchas otras de sus primeras obras, en los años cincuenta. Popper puso gran interés en demostrar que el conocimiento científico es siempre hipotético, que no se puede garantizar una verdad absoluta e indemostrable, y que sólo mediante el sometimiento a la prueba continua podemos acercarnos a la “verdad”.

Es su exilio y la Segunda Guerra Mundial lo que marca un descarado compromiso con la libertad en abierto enfrentamiento con los totalitarismos imperantes. Es en Nueva Zelanda donde crea esa obra monumental que es *“La sociedad abierta y sus enemigos”*.

Un poco antes escribe *“La miseria del historicismo”*, considerada como uno de los aportes metodológicos más importantes a las ciencias sociales, criticando contundentemente a aquellos que buscan en la historia las claves del desarrollo futuro de la sociedad.

En *“El desarrollo del conocimiento científico: conjeturas y refutaciones”* examina varias cuestiones relativas al desarrollo del conocimiento, a la historia de la ciencia y a la filosofía de la ciencia. El autor denomina conjeturas a un método de avance científico constituido por anticipaciones, presunciones y soluciones tentativas para dar respuesta a nuestros problemas y que se controlan mediante refutaciones o, lo que es lo mismo, el permanente ejercicio de la crítica.

Entre otras de su muchas obras podríamos citar. *“Conocimiento objetivo”* (1972), *“Búsqueda sin término”* (1974), *“Post Scriptum a la lógica de la investigación científica”* (1982) y *“El yo y sin cerebro”* escrito en colaboración con John Eccles, premio Nobel, donde aborda el dualismo cuerpo mente. Se estima que de su obra se ha publicado menos de la mitad de lo que ha escrito. Su archivo personal está depositado, por la fundación Hoover, en la Universidad de Stanford.

Desde el punto de vista del compromiso vital, Popper fue un esforzado paladín de la honradez intelectual y denunció a aquellos que manipulan el conocimiento para valerse de la falsedad en la consecución de ciertos fines. Fue un combatiente empecinado contra el relativismo moral e intelectual, tendencias que relacionan lo correcto, o bueno, con lo que así es estimado en el momento presente y que niega que haya algo objetiva y universalmente bueno o malo.

La búsqueda implacable de la libertad, como condición básica para el hombre, impregna la obra de Popper, instrumenta para ello una teoría del conocimiento que justifique filosóficamente los valores éticos de la democracia, a la que consideraba como el sistema político donde puede realizarse la libertad mediante la práctica continuada de una de sus características básicas: la tolerancia. Su principal aporte consistió en poner en evidencia la tradición de las ideas totalitarias, identificando a Platón como el precursor de los argumentos en contra de la libertad humana.

HISTORICISMO E HISTORIA

Popper ve en lo que denomina “historicismo” el enemigo más sutil y eficaz de la cultura de la libertad. Su curiosidad por la metodología física se traslada a los métodos de la filosofía social para combatir lo que se postulaba como la inevitabilidad de ciertas formas de totalitarismo, que se atribuían a un destino histórico. Lo que él califica de profecías históricas de largo alcance, asegura que se hayan fuera del método científico. Popper cree que el futuro depende del hombre como individuo y es él quien conforma la historia en virtud de su libertad, y que no está sujeto a ningún destino predeterminado.

En “*La miseria del historicismo*” lo define como “un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la *predicción histórica* es el fin principal de estas, y que supone que este fin es alcanzable por medio de los “ritmos” o los “modelos” de las “leyes” o las “tendencias” que yacen bajo la evolución de la historia”. Esta obra la dedica a demostrar que, aunque su apariencia es lógica y aceptable, las teorías historicistas se basan en una aplicación errónea del método científico y el problema lo aprecia entre la diferencia que existe en lo que es una *predicción científica* y una *profecía histórica*.

Popper asegura que la interpretación metafísica de la historia impide la aplicación de métodos científicos a los problemas sociales y le atribuye el resultado aberrante de aligerar a los hombres del peso de sus responsabilidades, ya que la “profecía” demostrará su implacable destino. A la pregunta de por qué las teorías historicistas han sido, y son, tan sugerentes, opina que el acomodo surge de la insatisfacción que produce el alejamiento de la realidad de los ideales que se profesan.

El autor indica que la tesis de los historicistas consiste en afirmar que la ciencia social no es nada más que historia, pero no sólo “la mera crónica de

hechos históricos” sino también una proyección hacia el futuro. Su finalidad es descubrir las fuerzas que actúan sobre el proceso total, no les valen las leyes, que a semejanza de las físicas, sólo demuestren uniformidades. Es necesario determinar las “*tendencias amplias*” a las que se acomoda el cambio social; si estas tendencias se descubren, el hombre puede adaptarse a ellas. Estas tendencias están, por supuesto, fuera del control humano y, por lo tanto, “sólo son razonables aquellas actividades que concuerdan con los cambios inminentes y ayudan a que estos ocurran”. A esta adaptación Popper la califica de “*partería social*”, algo que ayuda a que se cumpla la profecía, lo que Marx expresaba con claridad en el prefacio de *El Capital*: “cuando una sociedad ha descubierto la ley natural que determina su propio movimiento, ni aún entonces puede saltarse las fases naturales de su evolución ni hacerlas desaparecer del mundo de un plumazo. Pero esto sí que puede hacer: puede acortar o disminuir los dolores del parto”.

Desde un punto de vista científico Popper trata de refutar el historicismo con un argumento de cinco proposiciones:

- “El curso de la historia está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos”.
- “No se puede predecir, de una forma científica, el crecimiento futuro de los conocimientos científicos”.
- Como consecuencia, no puede predecirse el curso futuro de la historia humana.
- Lo anterior significa que hay que rechazar la posibilidad de una historia teórica o historia generalizadora, ya que se serviría de leyes universales, o hipótesis, que en el caso de la historia no existen.
- Como conclusión enuncia que “La meta fundamental de los métodos historicistas está, por lo tanto, mal concebido; y el historicismo cae por su base”.

La propuesta de Popper para hacer frente al historicismo es lo que denomina “*ingeniería fragmentaria*” o “*ingeniería gradual*”. Reconoce que estas expresiones pueden recordar a muchas connotaciones colectivistas o tecnocráticas. La denominación fragmentaria o gradual le da verdadero sentido a un método que preconiza la aplicación gradual de reajustes sociales para afrontar los problemas a que hace frente la sociedad y, como se haría en el campo de la física, someter los resultados a la crítica para comprobarlos.

Popper anuncia que la tarea del “*ingeniero social*”, el sociólogo o el político que diríamos nosotros, es la de “*proyectar instituciones sociales*”

y reconstruir y manejar aquellas que ya existen". En este ambiente, la institución social se concibe como un instrumento para conseguir un fin muy concreto sin ánimo de colaborar en la consecución de otro más amplio que esté inexorablemente preestablecido por la historia. Esta concepción de reforma gradual de la sociedad la expone en *La Miseria del Historicismo* cuando expresa que "una vez que nos damos cuenta, sin embargo, de que no podemos traer el cielo a la tierra, sino solo mejorar las cosas *un poco*, también vemos que solo podemos mejorarlas *poco a poco*".

Pero más allá de cualquier preocupación por el método, Popper centra su descalificación en la base misma del historicismo: la historia. Se atreve a decir que "la historia, en el sentido en que la entiende la mayoría de la gente, simplemente no existe, como no existe carece de significado", ya que lo entendido, hasta ahora, como historia es la "del poder político".

La historia la estructuran los historiadores mediante la aplicación de un punto de vista que le sirve de marco de referencia, y esto la convierte en algo parcial, subjetivo e instrumental, dado que su utilidad va referida a un fin concreto en cada caso.

A la pregunta de si existe alguna historia universal que configure realmente una historia del género humano, Popper indica que la respuesta del humanista ha de ser negativa, ya que si la hubiera tendría que ser "la historia de todos los hombres", de "todas las esperanzas, luchas y padecimientos humanos".

Para responder a la cuestión del porqué se ha elegido como historia, precisamente, la del poder y no otra, el autor recurre a varias motivaciones, unas psicológicas, tales como que los hombres tienen una tendencia natural a "reverenciar" al poder, otras sociales, como que el poder actúa sobre todos los hombres, y no menos importante, a la pura vanidad, porque quienes detentaron el poder quisieron que fuese así.

Con todo ello, Popper no descalifica ni a los historiadores ni a los libros de historia, al contrario, afirma que el conocimiento del pasado puede enriquecer a los hombres y ayudar a prepararlos para el futuro. Precisamente y siguiendo esta receta, en *La sociedad abierta y sus enemigos*, el autor selecciona algunos acontecimientos de la historia del pensamiento historicista para demostrar su perniciosa influencia social y política, personificándolas, principalmente, en tres personajes: Platón, Hegel y Marx.

SOCIEDAD CERRADA, SOCIEDAD ABIERTA

Popper decía de Marx, que durante su juventud vivió un periodo en que se ejercía una “desvergonzada y cruel explotación” de las masas proletarias, en el que se recurría a la libertad humana para la justificación, por cínicos apologistas, de los contratos aberrantes. Todo ello influyó determinantemente en sus ideas sobre el liberalismo y la democracia imperantes, a las que consideraba meros instrumentos en manos de la burguesía y “que suministraron una interpretación perfectamente adecuada de la situación social de su tiempo”.

De igual forma, la turbulenta época que le tocó vivir a Popper, y las consecuencias que esas circunstancias tuvieron en su vida personal, también determinaron definitivamente su pensamiento y su obra. Fue testigo de varias de las mayores tragedias del agitado siglo XX como la Primera Guerra Mundial, la revolución y la dictadura comunista en Rusia, el advenimiento del nazismo y del fascismo, la Segunda Guerra Mundial, los *programs* en la Europa Central y Oriental, y la Guerra Fría.

En su monumental obra, “*La sociedad abierta y sus enemigos*”, creada durante su exilio, en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, Popper busca las raíces totalitarias en los precedentes históricos de épocas turbulentas y de cambio, parecidas a la que le tocó vivir, y de esa obra, principalmente se extraerán sus conceptos para este trabajo.

Parte Popper de la identificación de la antigua Grecia como el lugar donde se efectuó el paso del tribalismo al humanismo. La primitiva sociedad estaba constituida por las tribus, cuyas características comunes eran las actitudes sociales impregnadas de magia e irracionalidad. En tales condiciones, no existe nada parecido a los problemas sociales y, mucho menos, a los de índole moral. En este contexto, la responsabilidad moral no existe, “los tabúes que establecen cierta forma de responsabilidad colectiva pueden ser considerados como antecedentes de lo que hoy denominamos responsabilidad personal”.

Desde la perspectiva histórica, fija el comienzo de la reflexión racional con Heráclito, que es posteriormente desarrollada por otros filósofos como Herodoto y los sofistas. Es en este cambio donde Popper se basa para establecer la distinción entre la “*sociedad cerrada*”, aquella “mágica, tribal y colectivista” y la “*sociedad abierta*” “aquella en que los individuos deben adoptar decisiones personales”.

Popper reconoce que estos dos términos no son originales suyos, anteriormente habían sido empleados por Henri Bergson en su obra “*Las dos fuentes de la moral y la religión*” (1935), pero con acepciones diferentes. La distinción popperiana entre sociedades tiene una raíz “racionalista”. En la sociedad cerrada prima la creencia en los tabúes mágicos, cuando esta creencia cede y los hombres basan sus decisiones en su libre albedrío, para la consecución de sus intereses, estamos ante la sociedad abierta. Podría parecer que el término sociedad cerrada se asocia con algo de pequeña dimensión, de tribu, pero ambos calificativos se aplican con independencia de su magnitud y están únicamente referidos a la forma en la que se conducen los asuntos sociales.

El autor aclara que al caracterizar las sociedades de abiertas o cerradas se emplea, en cierto sentido, la idealización. Afirma que la actitud mágica perdura, incluso en las sociedades más “abiertas” de la civilización y que es muy improbable que llegue a desaparecer totalmente. Reconoce que en el ser humano permanece un hábito de atracción a formas de existencia a las que el individuo se acoge para evadir la responsabilidad personal, ya sea entregándose por entero a una religión, a una doctrina o siguiendo ciegamente a un líder, siempre que estimen que den respuestas a los problemas que plantea la vida.

Como ya se ha apuntado, históricamente se fija el comienzo del cambio de la sociedad cerrada a la abierta, o lo que es lo mismo, el comienzo de nuestra civilización occidental, en la antigua Grecia, cuando se produjo la transformación del tribalismo hacia otras formas sociales. La antigua sociedad, de estructura tribal, se caracterizaba por una “actitud imbuida de magia o irracionalidad hacia las costumbres de la vida social y la correspondiente rigidez de estas costumbres”. La actitud mágica está basada en la ausencia de convencionalismos sociales apara regular sus relaciones, reconociendo como únicas fuentes normativas algunas voluntades de carácter sobrenatural. La transición surge cuando se reconoce que las instituciones sociales son hechas por el hombre y se admite su modificación en razón de su utilidad.

El crecimiento de la población, la necesidad de asentar los excedentes en colonias, el auge de la navegación y el comercio, afectaron, de forma irreversible al “viejo orden”. La búsqueda de intereses personales, al margen de la estructura tribal y el reto a lo sobrenatural mediante el desarrollo de la civilización, dan paso a una pugna entre los que preconizan las nuevas ideas y los que tratan de perpetuar el tribalismo, algo que Popper denomina “*tensión de la civilización*”.

Este elemento es propio de épocas de cambios sociales y cree que esta tensión es “el precio pagado por el incremento de nuestros conocimientos, de la razonabilidad, de la cooperación y la ayuda mutua y, en consecuencia, de nuestras posibilidades de supervivencia y del número de la población. Es el precio que debemos pagar por ser humanos.” El autor alude a que esta tensión la ha expresado Toynbee (11) como “un sentido de deriva” en “época de desintegración”, y que Meyer, más explícito, basa la tensión de la sociedad griega del siglo V, a de C., a la desaparición de “la condición de nacimiento, que había determinado el puesto de cada ciudadano en la vida, sus derechos y deberes civiles y sociales, y su seguridad para poder ganarse la vida”.

Es en el siglo V a.C., concretamente durante la Guerra del Peloponeso, donde con más evidencia se ponen de manifiesto estos cambios sociales. En esa guerra no sólo se enfrentan dos sistemas diferentes encarnados por Atenas y Esparta, sino que también se produce la guerra de clases dentro de Atenas entre los representantes de la oligarquía y los de la democracia. Es el periodo turbulento y de cambio en que Popper intenta explicar las tendencias sociales en conflicto.

La expansión ateniense, basada en el comercio, tomó la forma imperial, única forma en que en aquella época podía abrirse la sociedad, y que, en su origen, se articuló en la forma de ciudades iguales con una vocación federal basada en la plutocracia. Dicho esto en el contexto de las prácticas sociales de la época, entre las que se encontraba la pervivencia de instituciones como la esclavitud.

La sociedad espartana, encarnaba la reacción a los cambios, la perpetuación de las viejas ideas y usos sociales. Esta ciudad estado carecía de colonias y trató de frenar los cambios provocados por el aumento de la población mediante medidas de control como el infanticidio y la homosexualidad, así como con el sometimiento de tribus vecinas. Su acción exterior persigue los mismos objetivos de perpetuación del inmovilismo social.

Popper ya identifica en la acción exterior de Esparta los mismos rasgos que los modernos totalitarismos. Los espartanos propugnaban:

- La protección del tribalismo detenido: cerrarse a toda influencia extranjera que pudiera poner en peligro la rigidez de los tabúes tribales.

(11) TOYNBEE, ARNOLD J. “*Estudio de la Historia*”.

- Antihumanismo: cerrarse más específicamente a toda ideología igualitaria, democrática e individualista.
- Autarquía: la no dependencia del comercio exterior.
- Antiuniversalismo o particularismo: sostener la diferenciación entre la propia tribu y todas las demás; no mezclarse con los inferiores.
- Dominación: someter y esclavizar a los vecinos.
- Expansión moderada.

El autor identifica la diferencia del totalitarismo espartano con los modernos totalitarismos en que estos son expansivos e imperialistas pero no igualitaristas, como fue el imperialismo ateniense, sino imponiendo su voluntad y hegemonía. La expansión del humanismo impone, a su vez, la necesidad de expansión totalitaria con el fin de combatirlo

Es en Atenas, con la introducción de la democracia donde se ponen más en evidencia las tensiones. La lucha de la oligarquía ateniense, apoyada por Esparta, para obstaculizar el proceso democrático, cuyos símbolos son los puertos y las murallas, marcan el gran drama que condujo al desarrollo de la civilización helenística. En este contexto histórico es donde Popper compara a Platón, como representante de la reacción a la sociedad abierta, con los filósofos pertenecientes a lo que denomina Gran Generación, que introdujeron la fe en la razón, defendieron la libertad y la hermandad entre los hombres. Entre ellos incluye a Sófocles, Tucídides, Eurípides, Herodoto, Demócrito y un largo etcétera, destacando como su figura más ilustre a Sócrates.

Popper, que considera a Platón como la figura precursora del totalitarismo, lo identifica como uno de los primeros teóricos sociales, cuyas teorías atribuye a una “ingeniosa mezcla de especulación y observación”. Los nuevos conceptos como el individualismo, el igualitarismo, el imperio de la razón y las nuevas ideas de libertad, se habían convertido en potentes tendencias sociales y, por lo tanto, eran consideradas peligrosas por los defensores de la sociedad cerrada. Partiendo del mundo de las Formas o Ideas inmutables, Platón enseña que hay que oponerse a todo cambio porque “el cambio es el mal y el reposo es divino”.

En su teoría del estado, la forma que más se asemeja a la perfección de la Idea, “el estado perfecto” es el reinado de los hombres más sabios. Para Platón el estado ideal es el individuo perfecto y considera al ciudadano una copia imperfecta de aquel. Esta concepción del estado como una especie de superorganismo es el fundamento que introduce la teoría orgánica o biológica del estado, efectuando una analogía entre individuo

y estado que Popper denomina “analogía fundamental”, y que la emplea como instrumento de análisis del individuo y como justificación de la sumisión de éste a aquel.

Cree que el cambio, la decadencia, es consecuencia de las luchas promovidas por intereses egoístas, las luchas de clases. Platón compara la decadencia o enfermedad del estado con la del individuo y, por lo tanto, Popper lo describe como que “la historia del derrumbe del estado perfecto u original no es sino la historia de la degeneración biológica del alma humana”. Para evitar en lo posible la degeneración, preconizaba la teoría del “número platónico”, una especie de dato eugenésico global que provocase una selección racial que permitiese escapar del proceso decadente. El componente racial del totalitarismo quedaba establecido.

Platón establece la tipología del resultado de esta “dinámica social”, o podríamos decir dinámica de la decadencia, en los siguientes sistemas de mayor a menor perfección: “timocracia” o gobierno de los nobles, “oligarquía” o gobierno de los ricos, “democracia” gobierno de la libertad o ausencia de leyes y, finalmente, la más abyecta de todas, la “tiranía”. Popper infiere que Platón trató de establecer una ley de evolución histórica, pero que no buscaba la implantación de un estado ideal de futuro, sino que pretendía volver a encontrar la perfección de tiempos pretéritos. La búsqueda de una predicción histórica de futuro es algo que, desde entonces, ha sido puesta en práctica, entre otros, por Rosseau, Comte, Hegel y Marx, tendencia metodológica que, como ya se vio, Popper califica como “historicismo”.

En su análisis histórico de la transición de una forma de gobierno a otra, Platón descubre que la desunión, las guerras entre clases, consecuencia de los antagonismos de los intereses económicos entre ellas, es la causa de todas las revoluciones. También preconiza que la disidencia dentro de la clase gobernante la debilita hasta que pierde el poder. Como resultado, la clave platónica de la historia se reduce a la desunión de la clase gobernante y a la nefasta acción de los intereses económicos. Preconiza que el equilibrio político sólo puede conseguirse mediante la detención de la transformación social.

Platón concebía el estado perfecto como un estado de castas, entendiéndolo que la lucha de clases se eliminaría mediante el mantenimiento puro de las castas, que según el gran filósofo griego eran dos: la militar, culta y armada, y la de los súbditos, sin educación y sin armas. El problema político lo constituyen la preservación de la unidad interna de la clase

gobernante mediante la eliminación de los intereses económicos, lo que representa la abolición de la propiedad privada, procedimiento con el que se intenta combatir la desunión.

Popper observa que Platón ya propugnaba una especie de sistema comunista, que, por una parte, evitaría la pobreza que impulsa a la adopción de medios extremos para satisfacer las necesidades, a la vez que es también la mayor culpable de los cambios, y por otra parte la prosperidad, porque la mayoría de los cambios surgen de la acumulación de riqueza que hace posible la realización de “peligrosos experimentos”. Aparte de este comunismo de la clase gobernante, Platón ve necesario que esta reciba presión de los gobernados para, a la vez que actúa de factor de cohesión entre ellos, ensanche las diferencias con aquellos.

Platón expresa uno de sus principios fundamentales de la siguiente forma: “Cualquier contacto o intercambio de una clase a otra constituye una grave transgresión contra la ciudad y puede ser justamente condenada como el más bajo de los crímenes”. También introduce, para justificar la superioridad de los gobernantes, los aspectos diferenciadores de raza, educación y escala de valores. Platón en su análisis histórico, se sirvió como modelo del estudio de las instituciones de Creta y Esparta, las sociedades menos evolucionadas de su época en Grecia, las más parecidas a las estructuras tribales.

Para conseguir el estado ideal, Popper identifica los principales elementos del programa político de Platón en lo siguiente:

- La división estricta en clases: La clase gobernante debe estar separada claramente del resto de la población.
- Une el destino del estado con el de la clase gobernante, para ello este grupo debe preservar su pureza basándose en unas rígidas reglas de educación y selección.
- La clase gobernante detenta el monopolio del poder militar y de la educación, pero se le impide toda actividad lucrativa.
- Se debe implantar una severa censura en todas las actividades culturales de la clase gobernante, tendiéndose a unificar su mentalidad. Debe impedirse toda innovación en materia educativa, religiosa o legislativa.
- El estado debe ser autárquico, o de otra forma la clase gobernante dependería económicamente del resto de la población.

En el ámbito moral, Popper destaca el concepto clasista y antihumanista, que de la justicia tenía Platón, creyendo que tras él se encuentra su

justificación de un gobierno totalitario al identificar la justicia con “la salud del estado”.

Para Platón “lo justo es lo que interesa al estado perfecto” que, como ya se ha visto coincide con la detención de todo cambio mediante el rígido mantenimiento de una estructura social de clases. Lo describe diáfana-mente en *“La República”* al escribir: “cuando cada clase de una ciudad se ocupe de sus propios asuntos, entonces habrá justicia”, “la ciudad es justa ... si cada una de las tres clases atiende a su normal labor”.

Popper utiliza este concepto platónico de justicia como base de análisis para explicitar las diferencias entre el humanismo y el totalitarismo. Señala como rasgos principales de la justicia humanística:

- El privilegio igualitario como opuesto a los privilegios naturales.
- El privilegio general del individualismo.
- La protección de la libertad de los ciudadanos como finalidad del estado.

La filosofía de Platón opone principios diferentes a cada uno de estos. Con respecto a la igualdad, defendía privilegios naturales para jefes naturales, pues “el tratamiento igual a desiguales debe engendrar iniquidad”. Con este argumento da por sentado que los hombres son “naturalmente” desiguales. Popper resume este pensamiento platónico en que “el estado es justo si gobierna el gobernante, el trabajador trabaja y el esclavo obedece”.

Al individualismo Platón opone el argumento colectivista y lo que Popper llama holismo, al considerar que la finalidad del individuo consiste en mantener la finalidad del estado. El ataque platónico al individualismo lo fundamenta en el egoísmo, y su descrédito lo emplea para socavar la base de la democracia y, por lo tanto, sistema enemigo del estado basado en las castas. Su sentido colectivista lo expone en *“Las Leyes”* cuando asegura que: “De todos los principios el más importante es que nadie, ya sea hombre o mujer, ha de carecer de un jefe. Tampoco debe acostumbrarse al espíritu de nadie a permitirse obrar siguiendo su propia iniciativa, ya sea en el trabajo o en el placer...”.

La libertad del estado como tarea y finalidad del mismo choca directamente contra el concepto platónico de que la finalidad del individuo es conservar y fortalecer la seguridad del estado. Aquí se ve claro su concepto de justicia de que lo que era malo para la ciudad era moralmente malo e injusto. El interés del estado es el patrón principal de moralidad, con lo que convierte la moral en un concepto utilitario.

Popper no descalifica de forma general el diagnóstico social de Platón, lo hace con la “terapéutica” que recomienda. Se opone a la congelación de las transformaciones políticas con un argumento profundamente filosófico que es, a la vez, un canto a la libertad del hombre y que lo expresa de la siguiente manera:

Una vez que comenzamos a confiar en nuestra razón y a utilizar las facultades de la crítica, una vez que experimentamos el llamado de la responsabilidad personal y, con ella, la responsabilidad de contribuir a aumentar nuestros conocimientos, no podemos admitir la regresión a un estado basado en el sometimiento implícito a la magia tribal. Para aquellos que se han nutrido del árbol de la sabiduría, se acabó el paraíso.

EL RETORNO AL HISTORICISMO: HEGEL

Para Popper, el artífice del resurgimiento del historicismo en la modernidad fue el filósofo alemán Hegel. El impacto psicológico de su obra está motivado por la elaboración de un método “fácil” de asimilar y aplicar a los programas sociales: *la dialéctica*. El autor cree que el éxito de Hegel marca, en palabras de Schopenhauer, el comienzo de la “edad de la deshonestidad” inaugurando una tendencia de irresponsabilidad intelectual y, como consecuencia, de irresponsabilidad moral, algo que toca muy profundamente el compromiso ético-intelectual que defiende Popper.

A pesar de la fuerza persuasiva y pedantería de sus escritos, el éxito de Hegel lo ve Popper unido estrechamente al apoyo que recibió del estado prusiano para implantar, primero en Prusia, y más tarde en el resto de Alemania, una filosofía política. La impronta de las enseñanzas de Hegel ha tenido una gran influencia en el desarrollo, tanto de los totalitarismos de derechas como de izquierda.

El contexto histórico en que surge Hegel, el periodo siguiente a las guerras napoleónicas, lo identifica Popper como el de la reanudación de la lucha por la sociedad abierta representado por la Revolución Francesa y la necesidad de las monarquías centroeuropeas de dotarse de una ideología para poder combatir lo que representaba las ideas de 1789. Esto último, según el autor, lo proporcionó Hegel “resucitando las ideas de Heráclito, Platón y Aristóteles”. Identifica a Hegel con “eslabón perdido entre Platón y la forma moderna de totalitarismo”. Esa resurrección del viejo tribalismo, la basa Hegel “en la adoración del estado, la historia y la nación”.

Popper atribuye a Hegel una “sobresaliente falta de originalidad” en su obra. Asegura que todo lo que propaga en sus escritos ha sido tomado de los que le han precedido y el objetivo principal de su obra era de marcado carácter instrumental, luchar contra las ideas democráticas que se abrían paso y servir al absolutismo reaccionario de Federico Guillermo de Prusia.

Para Popper, la filosofía de Hegel se basa en un historicismo optimista. Al contrario de Platón, que creía que toda evolución conducía irremisiblemente a la decadencia, Hegel concibe el flujo y la evolución como una “evolución creadora” hacia la perfección. Esta ley de progreso la concibe como de naturaleza *dialéctica*. Al igual que Platón, concibe al estado como un organismo, cuya razón o “espíritu” es el Espíritu de la Nación. Para identificar este espíritu se debe de buscar en la historia y, a su vez, ésta nos indicará el futuro: el destino, que expresa la esencia, tanto de una persona como de la nación. En esta búsqueda en la historia y su proyección hacia el futuro es donde Popper identifica al historicismo hegeliano.

El espíritu de la nación determina su “destino histórico” que le impulsa a afirmar su existencia individualista, saliendo a la “escena de la historia” a competir con las demás naciones para buscar su hegemonía, o lo que es lo mismo, su destino. Popper cree que de todo ello se infiere que Hegel, al igual que Heráclito, cree que “la guerra es la madre y reina de todas las cosas” y que la consideraba justa, como se desprende de la afirmación de que: “la historia del mundo es el tribunal de justicia del mundo”.

El ataque popperiano a la filosofía de Hegel, a la que tacha de deshonesto, se efectúa a su misma base: el método dialéctico. Opina que el origen del método hegeliano se basa en una manipulación de la teoría kantiana que afirma, en el ámbito de la razón pura, que a toda *tesis* metafísica, puede oponerse una afirmación contraria o *antítesis*, pudiendo ambas deducirse de los mismos supuestos y afirmarse con igual grado de evidencia.

Hegel parte de la base de considerar como un hecho natural el que la razón se contradiga a sí misma y que funciona basándose en contradicciones. Identifica la razón con el resultado de un proceso histórico protagonizado por el grupo social al que se pertenece, que, además, se identifica con la nación. Ese desarrollo lo articula en sus tres conocidos tiempos, o de forma *dialéctica*: la afirmación o *tesis*, la contradicción o *antítesis* y el resultado o *síntesis*, que es la solución que compagina los opuestos. El proceso volverá a repetirse en un nivel superior, partiendo de la síntesis.

Popper descalifica científicamente el método partiendo de la base de que la ciencia opera desde el principio de que “*las contradicciones no son permisibles ni inevitables*” y que al admitir la presencia de una contradicción se desvanece el rigor científico. También cree ver en el método dialéctico la intención de Heguel de, mediante la admisión de las contradicciones, detener “la argumentación racional y, con ella, el progreso científico e intelectual” para conseguir la invulnerabilidad de su filosofía y, de esta manera, imponerla como una especie de *dogmatismo invulnerable*.

Como una aplicación del método dialéctico Popper identifica otro de los elementos básicos del hegelismo, lo que denomina *filosofía de la identidad*, que cumple la función de justificar el orden existente, introduciendo los *positivismos*, tanto éticos como jurídicos, desarrollando la doctrina que identifica como bueno lo que está vigente. Hegel se sirve de la teoría platónica de las Formas e Ideas para llegar a la conclusión que la evolución de lo real es la misma que la de la razón.

Popper analiza la forma en que Hegel aplicó sus principios y métodos filosóficos para la descalificación de las ideas de la Revolución Francesa y en el servicio al estado prusiano, y expone alguna de sus conclusiones. Respecto a la *libertad de pensamiento* aseguró Hegel que “el estado debe decidir... por regla general, cual ha de ser considerada la verdad objetiva”. La *igualdad* y la *libertad* las contempla dentro de la existencia de una *constitución política* como respuesta a la exigencia de reformas democráticas por parte de los principados alemanes. Hegel aplica el método dialéctico y transforma la igualdad y la libertad en sus opuestos, afirmando que “los ciudadanos... son iguales ante la ley sólo en los puntos en que son iguales fuera de la ley. Sólo la igualdad que poseen en bienes, edad, etc., puede merecer igual tratamiento ante la ley...”, ya que es la ley estatal la que produce la desigualdad de los individuos. Con respecto a la libertad afirma que “cada ley auténtica constituye una libertad al constituir un principio razonable”. Esa ley tiene la función de garantizar la restricción de la libertad de uno en relación con la libertad de los demás, por lo cual identifica la libertad con la ley.

Con respecto a la necesidad de contar con una constitución, Hegel recurre primero a quién tiene la facultad de hacerla y establece una identidad entre las cuestiones: “¿a quién ... corresponde la facultad de hacer una constitución?” con la “¿quién tiene que hacer el espíritu de la nación?”, para a continuación equiparar las respuestas: “es el espíritu ingénito y la historia de la Nación, la Historia del Espíritu, las que han

hecho y hacen las constituciones”. Popper afirma que con argumentos como este, que califica de místicos e historicistas, Hegel deduce que la “constitución monárquica es la constitución de la razón evolucionada”. En un alarde de positivismo jurídico indica que “toda nación... tiene la constitución que le pertenece y le es apropiada”, por el mero hecho que es la que existe.

La aplicación combinada del método dialéctico en la filosofía de la identidad, sostiene Popper, llevan a Hegel a considerar la historia como el desarrollo de algo real y, por lo tanto, racional, equiparando la evolución del mundo a un proceso de razonamiento. Estas teorías le sirven para justificar la monarquía germana, identificando su época con la culminación del proceso histórico.

Popper expone que Hegel considera la historia como el juez supremo y que se opone a la libertad y a la igualdad, que es lo mismo que decir que se opone al humanismo. Se llega aquí a lo que él considera un aspecto esencial del hegelismo, la sustitución de “la conciencia por la obediencia ciega y por una ética romántica de la forma y del destino, y de la hermandad de los hombres por un *nacionalismo totalitario*”. Es el surgimiento del nacionalismo germano, en lo que la doctrina de Hegel tuvo gran influencia, lo que Popper esgrime como el argumento fuerte para identificarlo como el adalid del retorno a la sociedad cerrada.

La opinión de Popper sobre el nacionalismo es que “halaga nuestros instintos tribales, nuestras pasiones y perjuicios, nuestros deseos de vernos liberados de la tensión de la responsabilidad individual que procura remplazar por la responsabilidad colectiva del grupo”. A su vez, identifica esta teoría política con la desarrollada por Platón y Aristóteles y que Hegel puso en vigor de nuevo en la teoría política, ya que el nacionalismo tribal había desaparecido por el desarrollo de esa gran empresa de relación humana que representó el imperialismo de Alejandro Magno.

Asegura el autor que la introducción del principio del estado nacional equivalió a introducir la práctica política de que el territorio de cada estado tenía que coincidir con el habitado por una nación y que tal cosa no es tan evidente como a primera vista pueda parecer. Popper argumenta que “aún en el caso de que todos supiesen lo que quieren decir cuando hablan de nacionalidad, no sería nada claro por qué habría de aceptarse la nacionalidad como una categoría política fundamental, más importante, por ejemplo, que la religión, el nacimiento dentro de cierta región geográfica, la lealtad a una dinastía o a un credo político como la democracia”, “nadie

ha logrado explicar nunca lo que se entiende por nación”. Asegura que el principio del estado nacional nunca ha sido concebido con claridad, es un mito, “un sueño de naturalismo y colectivismo tribal” al que califica de inaplicable.

Popper considera al nacionalismo como intrínsecamente reaccionario e irracional. Pone de manifiesto la paradoja de que fuese utilizado por las ideas de 1789, ya que “la voluntad general” de Rousseau contenía el germen del nacionalismo aunque, en un principio, surgió como exponente de un colectivismo romántico. Fija el primer paso práctico hacia el nacionalismo cuando los revolucionarios fundan el primer ejército nacional procedente de la recluta forzosa. En Alemania el espíritu nacionalista surgió como reacción natural a la invasión napoleónica y también estuvo imbuido del espíritu democrático y revolucionario de la época, lo que Popper considera una reacción tribal típica en contra de la creación de un imperio.

Este nacionalismo es el, según Popper, trató de manipular en provecho propio Federico Guillermo, aportando una filosofía que se encargó de proporcionar Hegel. Aquí el autor, como ya había hecho con Platón opina que Hegel aplicó el consejo de Pareto: “sacar provecho de los sentimientos, sin desperdiciar las propias energías en vanos esfuerzos para destruirlos”, instrumentalizándolo mediante la transformación del nacionalismo en el autoritarismo prusiano. Cree Popper que de esta manera se le proporcionó a su concepto de sociedad cerrada un arma poderosa.

Hegel trató de persuadir a los nacionalistas para que vieran en un estado poderoso el medio de satisfacer sus necesidades colectivistas, predicando, según Popper, que es “la nación, su espíritu y su voluntad lo que actúa sobre la escena de la historia”. De esta forma, mediante la adoración de la historia y del éxito histórico, Hegel creó una nueva visión del nacionalismo: *la teoría histórica de la nación*, según la cual, la nación se halla unida por un espíritu que es el protagonista de la historia. Popper parafrasea este postulado diciendo que “una nación, en el sentido de Hegel es el universo de hombres unidos por un error común con respecto a la historia”.

De todo lo anterior, afirma que tanto el fascismo como el marxismo anclan sus ideas más importantes en la teoría de Hegel y destaca como alguna de las más importantes de esas ideas:

- a) El nacionalismo, bajo el prisma historicista, en el que el estado encarna al espíritu de la nación y el mito de la nación elegida para dominar el mundo. Esta idea sirve para justificar la existencia de

razas superiores que tienen como fin la constitución de estados poderosos. Hegel previó las capacidades psicológicas del nacionalismo para satisfacer las apetencias humanas de sentirse parte de una unidad poderosa.

- b) El estado, como enemigo natural de los demás estados, debe afirmarse en la guerra. Hegel concibe la individualidad del estado como algo excluyente. “La relación de un estado particular con otro presenta... el más mudable juego de... pasiones, intereses, objetivos, talentos, virtudes, facultades, injusticias, vicios y meros azares externos. Es un juego en donde hasta el Todo-Ético —la independencia del estado— se haya expuesto a las contingencias”.
- c) El estado no es responsable moral, él es la ley moral y jurídica. En este aspecto Popper se explaya y afirma que al poner a la historia como único juez, la actividad colectiva es el único principio de conducta personal. Al considerar que el estado es la ley, él es fuente de todo grupo de normas. “El estado, afirma Hegel, es la concreción de la Idea Ética”, y de esta premisa de independencia moral, deduce que los conflictos entre este tipo de independencias, los conflictos entre estados, sólo pueden resolverse por medio de la guerra, única forma de alcanzar el éxito histórico.
- d) Se impone la idea “ética” de la guerra que junto con el destino y la fama son los bienes más deseados. Hegel defiende que la guerra es buena en sí misma, viéndola como un antídoto ético contra los peligros platónicos de la prosperidad. Identifica “lo moral con lo saludable, la ética con la higiene política y el derecho con el poder” por lo que Popper asegura que identifica “la virtud con el vigor”. Hegel une a la idea de destino la concepción idealista de fama, que la concibe como la remuneración individual a la participación colectivista.
- e) El culto al Gran Hombre o la idea de la Personalidad Histórica Universal. Hegel lo concibe como aquel que “expresa la voluntad de su tiempo” y que “dice a su época” lo que quiere llevar a cabo, afirmando que “El Gran Hombre actúa de acuerdo con el Espíritu y Esencia interiores de su época, materializándolas, y aquel que no sepa como despreciar la opinión pública, según se deja oír aquí y allá, jamás llegará a ser nada grande”. En la turbulenta época que le tocó vivir a Popper, esta figura del Gran Hombre tomó forma en varios países. Hegel defiende la pasión como motor de toda obra, como instrumento para vencer convencionalismos impuestos por

la ley y la moral. Popper ve en este llamamiento para ejercer la pasión una forma de ir contra la tendencia humanista de buscar la racionalidad como la meta razonable. Ve en la invocación fascista a “la naturaleza humana” el recurso a las pasiones, a “nuestras necesidades colectivistas místicas”, de ello a la fuerza bruta va un paso.

- f) El ideal de “la vida heroica y del héroe” como opuesta a la convivencia en tolerancia. Popper cree ver en ello una concepción del hombre más como “animal heroico que racional”. Concibe el verdadero heroísmo en relación con el fin al que sirve, su servicio a un fin éticamente válido. Considera el *vivir peligrosamente* fascista como una afrenta a la vida civilizada. Hegel, una vez más, justifica este ataque permanente contra la rutina de la civilización empleando métodos historicistas: “La historia del mundo no es ningún teatro de felicidad. Los periodos afortunados son, en él, páginas en blanco, pues constituyen periodos de armonía”.

Como puede apreciarse, Popper es inmisericorde con Hegel, le achaca el haber “educado a los círculos cultos en la deshonestidad intelectual” y considera necesario que las nuevas generaciones se liberen de este fraude.

MARX O LA CULMINACIÓN DEL HISTORICISMO

Popper considera al marxismo como “la forma más pura, más desarrollada y más peligrosa del historicismo”. Lo concibe como “una quinta columna intelectual” infiltrada en el campo humanista. Pero, aunque reconoce que tiene sus bases en el hegelismo, le reconoce una mayor honestidad intelectual ya que considera que se basa en un impulso humanitario. Opina que la influencia de Marx ha dejado una huella indeleble en la sociología por “su amplitud de criterio, su sentido de los hechos, su desconfianza de las nuevas palabras y, en particular, su verbosidad moralizante”. La finalidad de Marx era emplear la ciencia y la filosofía para colaborar en el progreso humano.

En el caso de Marx, una vez más, se pone de manifiesto la influencia que tiene las circunstancias históricas, el tiempo que nos toca vivir, sobre la labor de los pensadores y Marx, al igual que Popper, y anteriormente Platón y Hegel, no fue una excepción. Tuvo muy presente la gran convul-

sión que representó la Revolución Francesa, lo que determinó su tendencia historicista, pues creía que tal suceso no podía ser consecuencia de la razón humana, tenía que ser producto de otras fuerzas.

El ataque de Popper a la doctrina marxista, como no podía ser de otra forma, se realiza sobre su esencia historicista, la utilización de la profecía histórica, y la hace responsable que “haya conducido por la senda equivocada” a muchos humanistas de talento que, aunque partidarios de la sociedad abierta emplearon su metodología con resultados devastadores. Basa la esencia del marxismo en la predicción del futuro como resultado de las evoluciones económicas y lo considera ante todo y substantivamente, un método equivocado.

Popper, además, identifica en este método una naturaleza determinista, ya que lo que Marx buscaba era la evolución del futuro que está contenida en la historia, la identificación de las “inexorables leyes” de la naturaleza y de su desarrollo. Popper, empeña su autoridad metodológica al afirmar que el determinismo no puede considerarse un supuesto necesario del método científico y que “no hay ninguna razón para que veamos que, entre todas las ciencias, ha de ser la sociología la única capaz de realizar el viejo sueño de poder revelar lo que el futuro nos reserva”.

En este orden de cosas, asegura que Marx se desvió de su objetivo original humanista de emplear la ciencia en la resolución de los problemas sociales, “para transformar el mundo”, desde el mismo momento en que se inclinó por la creencia de que el futuro del mundo estaba predeterminado. Esta idea la encuentra Popper expresada en *El Capital* en el siguiente pasaje: “cuando una sociedad ha descubierto la línea natural que determina su propio movimiento..., aún entonces no puede ni superponer las fases naturales de su evolución, ni desecharlas de un plumazo”. Expresaba, de esta forma, que todo lo que un hombre de ciencia podía hacer, ante lo inevitable, era pronosticar las convulsiones por llegar y adaptarse a ellas.

En este punto se hace necesario referirse a la ingeniería gradual que Popper preconizaba como alternativa al historicismo, el método marxista la niega, no concibe que la racionalidad ni la voluntad humanas puedan influir en el futuro. Determinado por la historia el estado final, la ingeniería utópica sería la encargada de diseñar y construir las instituciones que “ayudarían” a cumplir los designios inexorables.

Uno de los elementos fundamentales del historicismo marxista es el “materialismo histórico”. Su autor cree que todos los avatares de la histo-

ria eran producidos por la interacción de las fuerzas que determinan lo que llamaba “el reino de la necesidad”, las necesidades materiales del hombre. Concibe la libertad humana limitada por las necesidades de producción y consumo, lo que considera como una prolongación del “metabolismo humano” y su ejercicio lo sitúa fuera de las necesidades materiales que impone la vida. De esta forma, habría que articular un sistema que lo liberase de parte de sus necesidades materiales, que sería donde ejerciese su libertad. Al reconocer que no podemos liberarnos de nuestras necesidades económicas, expresa que lo que hay que conseguir es intentar mejorarlas para, de esta forma, conseguir más libertad. Sólo se puede ser libre en la medida que nos liberemos del proceso productivo.

Para Marx la ciencia social, que la identifica con la historia científica, debe tener como objetivo la explicación de las condiciones de producción, de las que se deducirán las “leyes inexorables”. Popper enuncia este aspecto marxista al afirmar que, para el marxismo, “las relaciones sociales solo tienen significación histórica y científica en proporción con el grado en que se hayan vinculadas con el proceso productivo”.

Popper pone en guardia contra la concepción marxista de que el materialismo está basado en que la organización económica de la sociedad, para el intercambio de materia con la naturaleza, es fundamental para el desarrollo histórico y que todo “desarrollo social depende de las relaciones económicas y, en particular, del de los medios físicos de producción”. Por el contrario, cree que el hombre es capaz de superar este determinismo y de producir ideas, lo suficientemente originales, no sólo para no depender unilateralmente de las condiciones económicas, sino para modelarlas según sus necesidades.

La consecuencia política del materialismo historicista es la creencia que solo la evolución de la realidad económica puede producir verdaderas transformaciones, o lo que es lo mismo, la *revolución social*. Para Popper, la concepción marxista de cómo se produce la revolución social se basa en el hecho de que las condiciones de producción “crecen y maduran” hasta crear una situación que entra en conflicto, y supera, las relaciones sociales y jurídicas imperantes.

Otro importante elemento historicista del materialismo es el de la lucha de clases. Marx afirma que la historia se desarrolla, y por lo tanto se determina el destino del hombre, mediante la lucha de clases. Este punto lo expone claramente en el prefacio de *El Capital* “la historia de todas las sociedades que han existido hasta el presente es la historia de la lucha de

clases". Popper pone de manifiesto la diferencia que existe entre esta concepción y la de Hegel, que como ya se ha visto concebía la historia como el devenir de la guerra entre las naciones. Marx internacionaliza el tema, pone como móvil del antagonismo "el interés de clase" y no el nacional, y lo concibe como todo aquello que contribuye al poder y prosperidad del grupo.

Es este interés de clase, el que Marx proclama como la influencia determinante sobre los hombres, lo que mediante la adquisición de la "conciencia de clase" los convierte de forma inexorable en miembros de una de ellas. Lo expresa claramente cuando afirma que "no es la conciencia del hombre la que determina su vida, sino, más bien, su vida social la que determina su conciencia". El corolario que se infiere es que lo que determina la conciencia del hombre es el lugar que ocupa la sociedad, que a su vez lo determina la historia; luego la conciencia viene determinada por la historia. De aquí podemos inferir que esta adaptación de la conciencia a las circunstancias históricas, da lugar, necesariamente, al relativismo moral.

La interacción entre los intereses contrapuestos es lo que determina, también de forma inexorable, que las diversas clases luchen entre sí. El desarrollo de este vínculo antagonista es, desde el punto de vista marxista, lo que permite articular coherentemente la profecía historicista, permitiendo la determinación de la estructura económica de la sociedad, o sistema social.

Como fácilmente puede deducirse, de lo expuesto hasta ahora, la impronta historicista de Marx es omnicomprendiva, abarca todos los elementos sociales y morales. Su concepción del estado la encaja en ese marco y considera sus estructuras legales y jurídico-políticas sólo como una más de las superestructuras "que se superponen a las fuerzas productivas", como lo es el sistema moral imperante. Consecuencia de ello es la concepción del sistema jurídico como la expresión de la fuerza, o violencia, que ejerce una de las clases en "lucha", la gobernante, sobre las otras.

Popper deduce que desde esta concepción del estado como instrumento de la clase gobernante, el marxismo considera que la acción política no es "de importancia primordial" porque no puede alterar la realidad económica. Esta concepción la rechaza de plano y vuelve a reafirmar que la acción política, como expresión de la ingeniería social gradual, puede controlar el poder económico y paliar o suprimir las desigualdades sociales y los abusos que sirven de base a la teoría marxista.

Pero lo que Popper denuncia con más vigor es que la democracia queda incluida en esta teoría de exclusión de lo político como método de actuación social y, por lo tanto, desde el punto de vista marxista, no es más que un “tipo de dictadura de clase que resulta más conveniente en cierta situación histórica”. Defiende la democracia como un derecho inherente del pueblo para juzgar y expulsar del poder a sus gobernantes, en cualquier circunstancia histórica, y afirma que “es el único medio conocido para tratar de protegernos del poder político”, que no puede ser sustituido por el marxismo, so pretexto, que viene impuesto por la historia.

Popper defiende a ultranza la acción política, como expresión de libertad, pero muestra su gran desconfianza del poder, en todas sus formas. Lo considera peligroso y, por lo tanto, presenta lo que considera el problema fundamental de la política, el método para controlar la acumulación de poder por parte del estado. Para Platón, Hegel y Marx el problema era responder a la pregunta: ¿quién debe gobernar?, a Popper lo que le preocupa es el cómo se gobierna y en que “cantidad” se debe detentar el poder.

Preconiza como método de gobierno la aplicación de la ingeniería fragmentaria, mediante la articulación de instituciones capaces de impedir “que los malos gobernantes hagan demasiado daño”. Esta articulación cree que puede planificarse para conseguir la libertad sin explotación y, de esta manera, alcanzar ese “mundo mejor” que Marx creía que sólo se podría conseguir mediante el advenimiento del socialismo.

En su estudio de la revolución social como transición entre el periodo histórico del capitalismo al del socialismo, como parte de la profecía historicista marxista, es cuando Popper presenta su teoría sobre la legitimación del empleo de la violencia. Opina que esta posibilidad forma parte de la profecía, puesto que para el advenimiento del socialismo podría hacer falta la derrota violenta de la burguesía, y que, en ese caso, se presentan problemas morales y jurídicos que lo convierten en el elemento más perjudicial del marxismo. Esta ambigüedad sobre el empleo de la violencia, junto con la de la “conquista del poder político por el proletariado”, las considera las premisas necesarias para la implantación de una verdadera tiranía, pues si el resultado final e inexorable es el socialismo, ese estado sería irreversible y la democracia quedaría destruida.

La justificación popperiana del empleo de la violencia en política es válida únicamente si tiene “como *único* objetivo el establecimiento de

una democracia”, pero teniendo en cuenta que sólo admite como verdadera democracia “un conjunto de instituciones que permitan el control público de los magistrados y su remoción por parte del pueblo, y que le permitan a este obtener las reformas deseadas, sin empleo de la violencia, aún en contra de la voluntad de los gobernantes”. Como modalidad de este pensamiento, también justifica el empleo de métodos violentos para, una vez establecida la democracia, ejercer la defensa de la “constitución democrática y del uso de los métodos democráticos”.

En este punto, Popper, enuncia lo que considera el marco político de actuación y defensa de la democracia. Para ello fija unos criterios a los que deberían de adherirse los partidos políticos, incluyendo:

- La garantía institucional de los derechos de las minorías.
- Las facultades de los gobernantes tienen que ser limitadas. Tienen que articularse los mecanismos para que los gobernantes que no respeten estos sean removidos por medios pacíficos.
- Sólo existen dos formas de gobierno, la democracia y la tiranía.
- La constitución democrática no debe contener previsiones que puedan modificarla en tiranía.
- En una democracia, la plena protección de las minorías no debe extenderse a aquellos que violan la ley y, especialmente, a aquellos que incitan a otros a derribar violentamente el régimen democrático.
- En las medidas tendentes a crear instituciones de defensa de la democracia, se debe tener en cuenta que siempre existirán tendencias antidemocráticas tanto en los gobernantes como en los gobernados.
- Si cae la democracia, se destruyen los derechos.
- En el juego político, si no se coloca la defensa de la democracia por encima de cualquier otra consideración, las fuerzas antidemocráticas conseguirán prevalecer.

Esta preocupación de Popper por la defensa de la libertad, le lleva a descalificar todo aquello que no pone al hombre en el centro del sistema y que se coloque fuera de la razón. Y, en este sentido, refuta la teoría de Marx cuando, con carácter general, la tacha de historicista y con una diáfana sencillez asegura que “lo que hoy parece ser una inclinación histórica, no podemos saber si mañana habrá de tener o no, la misma apariencia”.

EL LEGADO POLÍTICO DE POPPER

Como se ha apuntado anteriormente, Popper se inició políticamente en el marxismo, evolucionó a la socialdemocracia para llegar a convertirse en uno de los grandes filósofos del renacimiento del liberalismo político en su sentido clásico, en la línea que marcaron Adan Smith o Torqueville.

La obra de Popper, al preconizar como valor básico la libertad del individuo, ha contribuido sustancialmente, junto con otros filósofos como Hayek, Friedman, Nozik y un corto etcétera, al desarrollo del individualismo que se impuso en Europa y Estados Unidos entre las décadas de los setenta y ochenta, y que tiene su reflejo económico en las políticas antiintervencionistas, cuya adopción coincidió con una pujanza económica que se extendió a Japón y a los denominados “tigres asiáticos” y la crisis del socialismo real que condujo a la caída de los países del Este de Europa y al final de la Unión Soviética.

Pero sería difícil encuadrar a Popper en el círculo de los que podrían pensar que con la implantación del neoliberalismo se habría alcanzado un estado ideal perdurable. Sabía que la lucha por el sentido de la libertad que preconizaba sería permanente. El progreso material alcanzado por la puesta en práctica de este tipo de políticas no trasforma a los ciudadanos en actores comprometidos con la causa de la libertad. Seguirán existiendo amenazas totalitarias a la libertad del hombre, pero también se producirá en el seno de las sociedades democráticas la abulia, la indiferencia, la corrupción; en suma, la falta de estímulos que impidan que el ciudadano, en el ejercicio de su libertad, se convierta en el único elemento que puede hacer que la sociedad permanezca abierta.